

12) “Sed fecundos...”

Quisiera meditar con vosotros sobre otro aspecto, muy importante, del relato de la creación, y ponerlo en relación con el deseo de san Benito de ofrecernos un camino de desarrollo de nuestra humanidad.

No olvidamos que el primer mandato que Dios confía a la criatura humana, y diría también el primer mandamiento que el hombre debe cumplir, es el de la fecundidad, y esto acontece antes de la prohibición de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal: “Y Dios les bendijo, y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicáos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra»” (Gén 1,28).

Sea cual sea el trabajo que hagamos, tanto en el campo material como en el espiritual, ha de tener como miras una fecundidad, tiene que obedecer a nuestra vocación a la fecundidad. Somos criaturas vivientes, no objetos, y esto significa que nuestro desarrollo no puede nunca limitarse a un funcionamiento, sino que debe ser fecundidad, generación, dilatación de la vida en nosotros y para los demás.

Aún más, entre esta primera palabra de Dios, mientras crea a Adán, y nosotros, se da la caída, y eso ha problematizado la fecundidad de la vida humana. La fecundidad sexual, la fecundidad cultural, la fecundidad del trabajo, la fecundidad espiritual, todo se ha vuelto problemático, todo esto no se da por descontado, ahora todo conlleva un aspecto de cansancio, de dificultad, de confusión, de posibilidad de fallo, de esterilidad. Ya no se da por descontado que el ser humano sea fecundo, se multiplique, llegue a llenar la tierra, a dominar la tierra y todos los animales. Sin embargo, Dios no retira al hombre esta vocación, porque es innata a la humanidad del hombre, y Dios, si castiga al hombre a causa del pecado, no quiere destruirlo. Dios puede castigar, corregir, pero no se vuelve atrás en la vocación que Él mismo ha dado a las criaturas humanas. Aquí encontramos un aspecto fundamental de la misericordia de Dios que no debemos olvidar.

Pero entre la llamada a la fecundidad dirigida a Adán y a Eva, y nuestra vocación a la fecundidad, no está solo el pecado, está sobre todo Cristo, el acontecimiento de la Redención. Es en Cristo donde la llamada a la fecundidad que Dios dirige al hombre toma un cariz paradójico: se realiza a través de la muerte. El “¡Sed fecundos y multiplicaos!” de la primera llamada de Dios se convierte en: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24).

Jesús, aquí, como en todas las parábolas, no hace más que describir lo que ocurre en la naturaleza, en la realidad que todos pueden ver. Y en la semilla que muere para dar fruto, Él ve la mejor descripción de lo que debería ocurrir en nuestra vida para responder, después del primer pecado y después de que el hombre se convirtiese en mortal, a la vocación original de ser fecundos y de multiplicarse.

“Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla” (Gén 1,28). Esto ya no puede acontecer sin tener en cuenta la muerte, por el hecho de que nuestra

vida está sometida a la ley de la muerte. Pero he aquí que el misterio de Cristo se irradia sobre nuestras vidas de un modo sorprendente, porque Cristo transforma la consecuencia del pecado, que es el obstáculo extremo a la fecundidad de nuestra vida, en la condición misma de nuestra mayor fecundidad.

Jesús nos revela una muerte que es para la vida, que es para una vida más grande, para una fecundidad multiplicada. Nos la revela muriendo por nosotros, muriendo el primero de aquella muerte, de aquella muerte fecunda, de aquella muerte para la resurrección, de una muerte que no es, como lo es para nosotros, consecuencia de un pecado, sino puro don de su vida.

Ahora bien, la muerte del grano de trigo es una muerte de humildad, una muerte que es la consecuencia del hecho de “caer en la tierra”, de caer en el humus.

La primera muerte, infligida a Adán y a toda su descendencia, es fruto del orgullo, de la elevación. El hombre y la mujer quieren ser “como Dios” (Gén 3,5); en su orgullo, se alzan sobre la tierra, sobre el polvo del que han sido modelados. El resultado de todo esto es una muerte estéril, una muerte infligida, una muerte que no da la vida.

La muerte de Cristo, por el contrario, es el resultado de su humillación. Es el punto más bajo de su abajamiento, de su humildad. “(Cristo), siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2,6-8).

Jesús nos revela lo que de ahora en adelante es el secreto de toda fecundidad, un secreto que la creación nos manifiesta desde siempre en la ley de las semillas que tienen que caer en tierra y morir para dar fruto.

Pero cuando ya no se trata de un sencillo grano de trigo caído en tierra para morir, sino de Dios mismo y después, por su gracia, del hombre, su fruto es la resurrección, su fruto es la vida más fuerte que la muerte, su fruto es “el amor fuerte como la muerte”, como nos lo anuncia el Cantar de los Cantares (8,6), el fruto es el árbol de la vida.

Es a esta luz a la que tenemos que comprender a san Benito y toda su visión evangélica de la vida monástica y del hombre en general. El monje que sigue la Regla es guiado a aprender que la fecundidad de su persona puede llegar solo a través de la muerte a sí mismo. En el fondo, Adán y Eva, cuando trabajaban, cuando recogían los frutos del jardín, cuando vivían con toda sencillez, podían incluso olvidar que todo esto no podía acontecer sino con la gracia a Dios. Podían incluso olvidar que sin Dios no podían hacer nada, ni siquiera vivir. El pecado ha cedido a esta tentación del olvido de nuestra dependencia inalienable con respecto a Dios que nos crea.

La muerte nos enseña que somos impotentes para garantizar la fecundidad definitiva de nuestra existencia. La muerte nos enseña nuestra realidad de criaturas, nuestra verdad. Y si Dios ha permitido que la muerte entrase en el mundo, no es por venganza, por puro castigo, sino para enseñarnos la vida, para enseñarnos la verdad de la vida, la verdad que se manifiesta totalmente en la muerte

y en la resurrección de Cristo. La humildad es el hombre que reconoce que no puede nada sin Dios, que no es nada sin Dios. Por sí solo, no puede más que permanecer estéril, pero cuando acepta morir a su soledad autónoma, incluso su muerte se convierte en lugar donde germina el milagro de una vida nueva, fecunda, multiplicada, una vida de comunión. El grano de trigo se convierte en espiga.

En la Regla todo nos mueve a tomar esta conciencia. La oración, el trabajo, la vida común, los huéspedes, los enfermos, los responsables, los hermanos que caen, el sueño y la vigilia, el ayuno y el modo de comer, el silencio y la palabra, todo nos mueve y nos enseña la certeza de que sin Dios no somos vivos y fecundos.

Por lo tanto, es necesario que en el centro de todo este aprendizaje para llegar a ser verdaderas criaturas, se dé una conciencia que lo acepte, se tenga un corazón que diga “sí” a todo esto. Por esto, san Benito pone en el centro de toda la espiritualidad monástica la educación a la humildad de nuestro corazón. Solo un corazón humilde puede estar en el centro de toda nuestra vida en el monasterio, y de la vida humana, unificando todo. Solo el corazón humilde puede ser morada de la unidad de nuestra vida. En efecto, el corazón humilde acepta de verdad vivir con Dios, permanecer junto a Dios.

Hay una magnífica expresión de san Benito para definir el corazón humilde. Se encuentra en el séptimo grado de humildad, que consiste “no solo en considerarse el más miserable de todos, sino en que lo crea así también en el fondo de su corazón” (RB 7,51). En latín es mucho más expresiva: “*intimo cordis credat affectu* – lo cree desde el íntimo afecto del corazón”.

Se trata de dejar penetrar la conciencia de la propia miseria en el sentimiento más íntimo del corazón. Cada grado de humildad mira a esto, nos educa para esto, para esta interiorización del sentimiento de no bastarse, de no valorarse a sí mismo si no gracias a Dios. Todo lo que en la ascesis monástica no tiende a esto, no lleva a esto, al menos como conciencia y deseo, se queda vano y estéril, no produce fruto. Si nuestro corazón no es ese grano de trigo que acepta caer en la tierra de la humildad para morir a su orgullo, nada en nuestra vida dará fruto. Todos los esfuerzos que no conducen a esto, que no tienden a esto, son vanos e incluso nocivos. Un publicano, un pecador de corazón humilde es más santo a los ojos de Dios que un fariseo perfecto con un corazón orgulloso.

Pero sobre todo constatamos que sin este sentimiento humilde en la intimidad del corazón, no somos libres; libres ante todo lo que ocupa y solicita nuestra vida. La humildad del corazón lo sana todo, incluso una vida completamente equivocada, engañosa, inclusive incoherente en todo.